

A GENTE SE FALA¹

Ursula Kirsch

Lo que hace de una lengua una lengua extranjera, no es tanto el campo de sonidos y de reglas que la estructuran, como esos sentidos y esas significaciones que surgen en el uso que los hablantes hacen de su lengua, casi, sin saberlo.

La expresión coloquial común en el portugués que se habla en Brasil: *a gente se fala*, desconcierta al argentino que se acerca a esa lengua. Para un argentino y para un brasileño muchas veces también, apoyados en la raíz latina común, *a gente* quiere decir la gente, ellos, los otros.

Sin embargo, para un brasileño, quizás por la influencia del tupí guaraní en el portugués, *a gente* adquiere en ocasiones, en el uso, otro significado.

A gente se fala o *a gente se ve* o *a gente se entende* y también la fórmula de presentación: *¿a gente se conhece?* Quiere decir, no la gente, los otros, sino, nosotros. Nos hablamos, nos vemos, nos entendemos, ¿nos conocemos?

En la expresión: *essa coisa que às vezes a gente tem, a gente*, sustituye a uno, esa cosa que a veces uno tiene.

Y en: *desde que ele se conhece por gente*, ese ‘conocerse por gente’, que un argentino no sabría traducir en forma literal al español, quiere decir: desde que él lo recuerda, porque él se conoce como gente, en tanto recuerda.

La práctica de la traducción hace surgir en la extranjeridad de una lengua respecto de la otra, que la lengua misma es no toda.

El hecho de que no solo la significación, en tanto construcción subjetiva, sino el sentido mismo, lo convencionalmente aceptado, de un vocablo o de una expresión, pueda modificarse, ya introduce una inquietud en ese campo que suponemos constante, nuestra referencia simbólica.

¹Trabajo presentado en el Coloquio Internacional de Convergencia Coloquio: "O estrangeiro e das Unheimliche", realizado el 25 de julio de 2016, en Florianópolis, Brasil.

El ejemplo curiosamente también muestra que esa modificación puede operar en la función misma que se le supone a esta referencia simbólica, la de ordenar, distinguir, diferenciar lo propio de lo ajeno: lo que para unos es los otros, para otros es nosotros.

Una lengua ilumina a la otra, permite salir del encierro del si mismo.

Algunas transformaciones solo se reconocen en la escritura. Por ej. el uso de las mayúsculas para los sustantivos en la lengua alemana surge tardíamente, tal como se advierte en la cita que hace Freud al comienzo de su texto *Das Unheimliche*, del Diccionario Alemán de Jacob y Wilhelm Grimm, que data de 1877, y en el que las palabras se escriben todas con minúsculas. En la edición de la obra de Freud, que data de 1947, ya está plenamente presente. ¿Qué introdujo esta modificación? ¿Habría sido el impulso hacia la unificación y la creación del Estado Alemán?

El adjetivo *heimlich*, que parte de *heim*, vocablo que suscita las significaciones relativas a hogareño, familiar, íntimo, viró en el uso hacia otro sentido: en secreto, *heimlich*.

Tiene sentido, podríamos aducir, de lo familiar a lo incestuoso hay menos que un paso, y también que *heimlich* introduce cierto borde entre un adentro y un afuera, lo privado y lo público, nosotros y los otros.

Los hermanos Grimm dan otra razón. Señalan que en la transformación parece haber incidido el pasaje de la expresión *Heimlicher Rat*, que alude al grupo de consejeros íntimos del rey, a *Geheimrat*, Consejo Secreto de Estado. A partir de ahí, *Geheimnis*, quiere decir secreto.

Los hermanos Grimm, que en su recopilación de los cuentos alemanes dieron amplia cuenta de lo ominoso, destacan cómo a partir de ahí *heimlich* adquiere la acepción de oculto, impenetrable, y que su significación como escondido, peligroso, se desarrolla hasta recibir completamente, coincidir, con el sentido de *unheimlich*, es decir lo no *heimlich*.

Si bien el prefijo *un* indica en la lengua alemana una negación., como lo conocemos de *bewusst* y *unbewusst*, parece estar llamado aquí a hacer más de lo que puede. En el uso no se trata de lo no secreto, sino de lo imposible de descifrar, de lo increíble.

Sin embargo, esta posibilidad de construir con un prefijo la negación o el sentido opuesto de una palabra que ofrece la lengua alemana, revela sorprendentemente el secreto de la palabra *unheimlich*: el no secreto. En lo *unheimlich*, en la experiencia vivencial de algo ominoso, se vuelve ubicable lo que el sujeto de esa experiencia hubiera preferido preservar en secreto. Tal como lo define Schelling: *Unheimlich* nombra a todo lo que debiera haber permanecido secreto, oculto, pero, apareció. O como lo dice Freud: *unheimlich* es alguna clase de *heimlich*.

Podríamos decir que *heimlich* es la *Sache* del *Wort unheimlich*, retomando la distinción entre representación Cosa y representación Palabra que Freud establece en Lo Inconsciente.

La maravillosa investigación filológica que Freud realiza al comienzo de ese texto, nos permite encontrar un diálogo desopilante, extraído de un texto de Gutzkow: “Los Zeck son todos *heimlich*”, afirma alguien. “¿*Heimlich*?” pregunta otro. “¿Qué entiende Ud. bajo el vocablo *heimlich*?” “Y...”, responde, “se me hace con ellos como cuando uno pasa por un pozo tapado o una laguna seca, como si en cualquier momento pudiera volver a aparecer el agua.” “Nosotros llamamos a eso *unheimlich*. ¿En qué le parece a Ud. que hay en esa familia algo oculto, desconfiable?”...dice el interlocutor.

El ejemplo permite seguir bien que la palabra despliega una posición recíproca y que es en el momento mismo en que se dirige al otro que lo ominoso toma forma. En tanto se articula tiende a explicarse con la cosa, y en esa acción desprende y hace nacer un objeto, que podría volver a brotar del pozo tapado.

El objeto que podría tomar forma no es lo rechazado del otro, sino lo que pudiera haber en común, *unheimlich* no es el opuesto de *heimlich*, sino más bien el carozo de su significación.

Cuando el muchacho en su sesión produce la palabra ansias, pronunciando intensamente: *tengo muchas ansias*, esta queriendo decir que la ansiedad que puede sentir amenaza con romperlo. Y cuando al fin encuentra: *cárdenas*, venció el miedo que le da hablar, porque las palabras que se le agolpan en la cabeza pueden, si las dice, blum!, deshacerse sin ningún sentido.

Cárdenas, quiere decir, sus puntos cardenales, su referencia, feminizadas, oscilantes, indefinidas, como le es su imagen corporal que no se termina de armar. Cuando estoy con otros soy así, soy... no tengo... (algo armado para esconderme)

El acto de hablar en la esquizofrenia deja al desnudo que apropiarse del hecho de que la palabra tenga un sentido, implica en el hablante esa operación con la que rechaza, expulsa a un afuera lo propio desgarrador. (la negación) Se separa de algo propio considerándolo a partir de ahí *fremd*, extraño, y consolida al mismo tiempo, el yo placer, el campo de *das Ding*, su *heimlich*.

Ese campo de *das Ding* se erige como Otro absoluto del sujeto, y funciona como un fuera de significado. Con él, el sujeto conserva su distancia y se constituye en un modo de relación, de afecto primario, anterior a toda represión. (J. Lacan, La ética del psicoanálisis)

Esta distancia entre uno y el otro se sostiene en la aceptación de que las palabras solo tienen un sentido cada vez.

Es por esto que la lengua es no toda. Pero es distinto vivir en la inminencia de lo ominoso como parece suceder en el hablar esquizofrénico, que de tanto en tanto, volver allí.

Hay algo *unheimlich* en la palabra *heimlich*.

Nota: Los contenidos vertidos en este artículo son responsabilidad de su autor.